

Oración para enfrentar al enemigo

Oración del rey Asa.

2 Crónicas 14:11

Por *Julio César Benítez*

juliobenitez@caractercristiano.org

Y salió contra ellos Zera etíope con un ejército de un millón de hombres y trescientos carros; y vino hasta Maresa.

Entonces salió Asa contra él, y ordenaron la batalla en el valle de Sefata junto a Maresa.

Y clamó Asa a Jehová su Dios, y dijo: ¡Oh Jehová, para ti no hay diferencia alguna en dar ayuda al poderoso o al que no tiene fuerzas! Ayúdanos, oh Jehová Dios nuestro, porque en ti nos apoyamos, y en tu nombre venimos contra este ejército. Oh Jehová, tú eres nuestro Dios; no prevalezca contra ti el hombre.

Y Jehová deshizo a los etíopes delante de Asa y delante de Judá; y huyeron los etíopes.

Introducción:

EL pueblo escogido del Señor, Israel, se ha dividido en dos naciones. Luego de la muerte del sabio Salomón reinó su hijo Roboán, quien no mostró la misma sabiduría de su padre, y en vez de recibir el consejo de los más avanzados en experiencia y conocimiento, decidió recibirlo de los inexpertos jóvenes, quienes le guiaron a tomar decisiones equivocadas respecto a la forma de gobernar.

El resultado fue que Israel se dividió en dos reinos, el reino del sur, integrado por las tribus de Judá y Benjamín, y el reino del Norte, integrado por las tribus restantes.

Desde Roboán hasta el último rey que gobernó Judá, la mayoría de los monarcas se caracterizaron por ser muy débiles en obedecer al Señor, poco a poco se fueron apartando de la Ley santa y permitieron o consintieron la entrada de la idolatría a la nación.

El resultado de este constante alejamiento de la verdadera fe, trajo graves consecuencias, especialmente el ataque de naciones enemigas. Dios mismo se encargaba de levantar reyes adversarios que les atacaran, con el fin de que ellos se volvieran de sus malos caminos. No obstante, el pueblo escogido persistía en

adorar a los falsos dioses y rechazar al Soberano que los había rescatado del yugo opresor egipcio.

Pocos reyes, descendientes de David, se caracterizaron por el temor del Señor. Dentro de ese puñado escaso encontramos al rey Asa, quien fue hijo del rey Abías.

En días del rey Asa la nación tuvo descanso de los ataques de los pueblos enemigos, al menos por diez años. (v. 1).

Esta paz fue el resultado del favor divino sobre un rey que hacía lo bueno delante de la presencia del Señor. Este rey, obviamente, meditaba constantemente en la Ley santa pues, *“Tu guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera...”* Is. 26:3.

Asa vivía su vida delante del Señor, pues, hizo lo recto delante de sus ojos. Él sabe que todo lo que somos, hacemos y pensamos, es decir, nuestra vida, la vivimos delante de los ojos del Señor, y cuando tenemos esta conciencia de estar siendo observados incesantemente por la santa mirada de Dios, entonces andamos con temor delante de él.

Asa quitó los lugares altos idolátricos que, desde la última parte del reinado de Salomón se habían levantado para introducir la adoración a dioses ajenos.

Pero los enemigos del pueblo del Señor nunca se quedan tranquilos, menos cuando ven que la bendición del Señor está produciendo paz y tranquilidad.

Zera, un etíope, se levanta contra Judá y su piadoso rey Asa, acompañado de un temible ejército de un millón de hombres y trescientos carros. Mientras que Asa solo contaba con un ejército de 580.000 hombres.

Pero el corazón de Asa no desfallece ante un ejército que los dobla en fuerza, pues, él sabe que *“Aunque un ejército acampe contra mí, no temerá mi corazón; aunque contra mí se levante guerra, yo estaré confiado”*. Sal. 27:3.

No obstante, cualquier adversidad conduce a los hijos de Dios a clamar de una manera especial, buscando el socorro divino.

Asa, eleva una oración de clamor pidiendo el favor divino en medio de una batalla donde el enemigo los dobla en hombres y carros. Hay peligro, y este es el momento más propicio para que surja una oración muy sentida.

Analicemos la oración del piadoso rey Asa. Dividiremos la oración en la siguiente estructura:

1. Exalta el poder y la soberanía de Dios.

“¡Oh Jehová, para ti no hay diferencia alguna en dar ayuda al poderoso o al que no tiene fuerzas!

El Rey se humilla ante el Dios Soberano. En esta exaltación reconoce que el poder viene de Dios. *“Una vez habló Dios; dos veces he oído esto: Que de Dios es el poder”*. Sal. 62:11. La victoria no depende del poder del instrumento, sea fuerte o débil, grande o pequeño, si Dios quiere dar la victoria él es poderoso para destruir a un gigantesco ejército y es poderoso para dar la victoria a un minúsculo grupo de soldados.

Las victorias del pueblo escogido no se ganan con la fuerza o el poder humano, sino con la potencia del Espíritu Santo: *“...No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos”*. (Zac. 4:6).

Las guerras del pueblo del Señor en el Antiguo Testamento estaban relacionadas con pueblos o imperios enemigos. La iglesia en el Nuevo Testamento también debe librar fieras batallas, pues, aunque ahora no peleamos contra naciones vecinas, si estamos siendo atacados por nuestro más temible enemigo: Satanás, el adversario.

El apóstol Pablo presenta nuestra guerra en los siguientes términos: *“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”* Efesios 6:12.

También Pedro expresa nuestra guerra así: *“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar”*

Siendo que tenemos a tan diestro enemigo, es menester orar como el Rey Asa, confiando en el poder soberano del Altísimo, quien podrá ayudarnos a pesar de las fuertes tentaciones que Satanás, el mundo y la carne nos presenten, así nos veamos muy pequeños o débiles frente a la atractiva y gigantesca tentación; podemos tener la confianza que el poder del Señor es suficiente para socorrernos.

2. Acude al Dios del pacto.

“Ayúdanos, oh Jehová, Dios nuestro”

¿Por qué Jehová es el Dios nuestro, el Dios de Israel? Porque no solo es su creador, sino su redentor, el que estableció un pacto con su padre Abraham, a través del cual bendeciría a la nación judía, si se mantenía en obediencia a las Santas Leyes que promulgó a través de Moisés. Jehová es el Dios del pacto: *“Ahora, así dice Jehová, creador tuyo, oh Jacob, y formador tuyo, oh Israel: No temas porque yo te redimí; te puse nombre; mío eres tú. Is. 43:1.*

El Rey Asa, así como todos sus antecesores creyentes, es consciente que todas las promesas del Señor son en el Sí y en él Amén, solamente por ese glorioso pacto de gracia que ha hecho con su pueblo. Si Dios escucha la oración del Rey y salva al pueblo de sus enemigos, será solamente por el pacto que ha establecido con Abraham.

La Iglesia disfruta hoy de un mejor pacto, pues, Jesucristo, con su sangre preciosa, y su exaltación a la diestra del trono de Dios, se ha convertido en el mejor garante para el cumplimiento de las promesas del pacto.

Por eso, si acudimos confiados en oración, suplicando por el socorro divino cuando estamos siendo fuertemente tentados por Satanás, la carne o el mundo; él acudirá en nuestra ayuda, pues, Cristo intercede por nosotros. *“Acerquémonos, pues, confiadamente al Trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” Heb. 4:16.*

Hoy clamamos al Dios nuestro, a quien pertenecemos porque hemos sido comprados con precio de sangre, pero no solo es nuestro Dios, sino que es nuestro Padre. *“Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios”. 1 Co. 6:20.* Por eso Jesús nos enseñó a orar *“... Padre nuestro que estás en los cielos.” Mt. 6:9.*

3. Reconoce la dependencia que tiene de Dios.

“... porque en ti nos apoyamos, y en tu nombre venimos contra este ejército.”

A pesar de que Asa tenía un ejército muy bien preparado para la guerra (*Tuvo también Asa ejército que traía escudos y lanzas,.. y entesaban arcos, todos hombres diestros. V. 8*), y las ciudades estaban fortificadas para resistir al enemigo (*Y edificó ciudades fortificadas en Judá v. 6*), su confianza no estaba en

los recursos propios, sino que él se apoya en el Señor. Es por eso que el apóstol Pablo dice: *“Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga”* (1 Cor. 10:12). La fuerza del hombre nada es, pero la potencia del Señor es la fuerza que nos ayuda a ganar las grandes batallas. Esta es una verdad bien conocida por los santos en las Sagradas Escrituras, incluso el grandioso apóstol Pablo, un hombre de poderosa fe, pudo declarar: *“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”*. Fil. 4:13.

4. Glorifica el nombre de Dios.

“Oh, Jehová, tú eres nuestro Dios; no prevalezca contra ti el hombre”

Los enemigos de Asa son hombres mortales; frente al Dios Todopoderoso son como nada, su fuerza es ninguna. El Rey exalta el poder del Señor y esto le da confianza a él y al ejército, pues, esta victoria para Dios no implica esfuerzo alguno, ya que el poder de los hombres no puede mover ni un ápice el trono del Señor.

Esta es otra verdad que dio mucha confianza a los santos en los tiempos bíblicos. Ya el poderoso monarca Nabucodonosor comprobó en sí mismo, que no es posible luchar contra el Todopoderoso y salir bien librado: *“Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga ¿Qué haces?”* Dan. 4:35.

Aunque los reyes de la tierra se levanten contra el Señor, y orienten hacia él todos sus fusiles y armas nucleares, esta será una pelea ridícula, pues, *“... el que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos”*. Sal. 2:4

Nuestras batallas son las batallas del Señor. No importa lo fiero de la lucha, tenemos a un capitán que nos asegura la victoria: *“... en el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”*. Jn. 16:33.

Aplicación:

- ¿Te sientes muy pequeño frente a un problema al cual estás viendo muy grande? Acude a aquel para quien no hay dificultad alguna en ayudar en un problema grande o pequeño. Su fuerza es tal que no conoce lo difícil o lo imposible.

- Si hay fuertes tentaciones tratando de atraparnos en sus garras, no olvidemos que podemos acudir con confianza a Jehová de los ejércitos, quien peleará por nosotros y nos librára del enemigo, pues, él nos asegura ayuda en medio de la tribulación. Su pacto de gracia provee para estas necesidades.